

ENTREVISTAS

INSTITUCIONES Y PERSONAJES

El Padre Lombardi y su cruzada para un mundo mejor

Cuando en nuestros balbuceos filosóficos nos preguntábamos si realmente era el nuestro el mejor de los mundos posibles, según afirmaba el optimismo leibniziano, en el que existe el mínimo del mal necesario para la persistencia indefinida del máximo del bien, no encontrábamos nunca la respuesta categórica y convincente, pues un importuno distingo nos mantenía tan alejados de la afirmación como de la negación. Desde el punto de vista metafísico, nos inclinábamos a una aceptación *potuit ergo fecit* según el razonamiento escotista, mas el diario contraste de la vida nos impulsaba, desde un punto de vista moral, a mantenernos alejados de tal afirmación.

Enfocada la cuestión desde un ángulo sociológico, prescindiendo de los muchos planos que en el ancho campo de la especulación filosófica se interfieren sobre tal asunto, mirado el tema de manera simplista pero en toda su vigorosa realidad, nos encontramos con que algo no funciona todo lo rectamente que la justicia equitativa de nuestra conciencia cristiana deseara. Nuestra primera reacción ante el hecho es que este algo debiera mejorarse, pero en seguida surge el interrogante ¿cómo?

La actual crisis del pensamiento humano, atomizado y disperso, falto de una síntesis base, alrededor de la cual pueda edificarse con seguridad, no puede proporcionarnos una respuesta satisfactoria. Políticos y sociólogos se afanan en la búsqueda de fórmulas estables, dando a sus elaboraciones una prestancia retórica tal que se hace difícil encontrar la verdad entre el fárrago ciertamente sugestivo de frases brillantes. Y es que, cansado ya de halagüeñas promesas, de tópicos, consignas, palabras tajantes, gestos teatrales, hartos ya de redenciones tan estériles para los presuntos redimidos como beneficiosas para los que se otorgaron título de redentores, el mundo busca ansiosamente un poquito de sinceridad.

Esta sinceridad, tal vez la cualidad más acusada que hemos

observado en el Padre Lombardi, es la que hace mover las masas anhelantes de oír algo tan nuevo y tan viejo como unas palabras de amor y confraternidad. Esta ansia de sinceridad nos ha movido a nosotros también a acercarnos al ilustre viajero convertido en cruzado de un mundo mejor. Lo hemos seguido a todas partes; hemos escuchado sus palabras a los obreros y a los intelectuales, sus declaraciones en prensa y radio, pero no logramos la anhelada entrevista porque un sentimiento de caridad nos impedía robar al hombre los escasos minutos que podía dedicar al descanso. Por fin la noche del coloquio de prensa...

—Temo, padre, que mis preguntas le parezcan innecesarias después de haber expuesto tan clara y profusamente su doctrina.

—Todo lo que se pregunta por ansia de saber es necesario, hijo mío.

—Pues vamos allá: En primer lugar, ¿puede hablarse de crisis efectiva del pensamiento humano?

—En efecto; el ciclo histórico que va desde la grandiosa síntesis tomista hasta nuestros días podemos considerarlo ya cerrado; se abrió con el humanismo, llevando la supervaloración de lo humano a un racionalismo que relegaba a Dios fuera del mundo; continuó con un idealismo que declaraba a Dios creación nuestra, y terminó con un materialismo y un positivismo que sencillamente lo han negado. Pero la plenitud arquitectónica del idealismo se ha deshecho como un sueño al despertar, la soberbia de un racionalismo satisfecho de sí está ya muy lejos, hasta la más modesta seguridad de un materialismo teórico quizás no esté mantenida hoy ni por un solo filósofo en todo el mundo. Se nota hoy como un vacío, una angustiosa sensación de crisis que aparece a nuestros ojos como una tremenda necesidad de Dios. Hemos fracasado sin Dios y ahora Dios vuelve; a nuestra generación toca el glorioso cometido de volver a colocar las piedras con orden sobre el suelo revuelto para que el edificio se levante otra vez pero con solidez bien distinta de antes.

—Así, la solución de esta crisis ¿para usted consistiría en la vuelta al pensamiento filosófico de la escolástica?

—Yo diría en la vuelta a una filosofía teísta pero con una síntesis humano-divina que ha de rehacerse con los más elaborados conceptos de la teología antigua injertados profundamente en los alientos del hombre ambientado por todos los adelantos de la ciencia moderna. Si se me permite expresarme así, diré que no somos simplemente teístas, no somos simplemente humanistas, hemos de ser teístas porque queremos ser humanistas.

—¿Es totalmente necesario un nuevo estado de cosas?

—Un símbolo de esta necesidad puede encontrarse en el terreno extremadamente significativo de la filosofía, pues ahí suele manifestarse antes que en cualquier otra actividad humana, y ya hemos visto cómo.

—¿Puede interpretarse el existencialismo como muestra de esa necesidad?

—Es indudable que la angustia existencialista de existentes desgarrados, singularizados, descentrados, se hace la fórmula de ciertos filósofos de actualidad. Pero en todos los campos de la actividad humana se nota una expresión semejante de quiebra; la ciencia se ha vuelto tímida y reacia a medida que se ha acercado al fondo de las cosas; el arte se esfuerza para eludir el drama de la realidad con tentativas raras y artificiosas; la sociología ve que sus esfuerzos terminan con el desgarramiento de los tejidos sociales; la política registra la derrota de los vencedores de ayer. De todo esto, del hecho de que nuestra generación está luchando entre la angustia de lo que ve caduco y la vaga esperanza de lo que ansía, deduzco yo esta necesidad.

—Y dada la peculiar condición de la naturaleza humana, inclinada al mal por herencia del primer pecado ¿no suena un poco a utopía eso del mundo nuevo?

—Realmente con el mismo material humano sería utópico pretender hacer un mundo enteramente nuevo; Dios con su infinita sabiduría lo hizo así y todos estamos pendientes de su infinita misericordia. Pero nadie negará que cae dentro de las posibilidades humanas el hacer nuestro mundo un poquito mejor, porque Dios no dispuso que en el mundo prevaleciera la injusticia y la iniquidad; precisamente uno de sus mandatos más concretos fué el de que nos amáramos los unos a los otros, y lo que predicamos como base o cimiento del mundo mejor es ese sentimiento de confraternidad ante el cual desaparecen todos los odios y egoísmos. Y si a los esfuerzos humanos, no por frágiles menos apreciables y provechosos, unimos el indiscutible y valiosísimo apoyo de la Gracia divina, que en ningún momento ha de faltarnos, veremos cómo pronto el mundo mejor puede ser una esplendorosa realidad. Para esto bastaría con que todos y cada uno de los cristianos que hoy existen se amaran realmente con el mismo amor con que Jesús nos amó.

—¿Cree posible la síntesis de las nuevas corrientes de intervencionismo estatal con la defensa del libre albedrío personal, que propugna la Iglesia?

—Una cosa es el libre albedrío como poder de autodeterminación y otra el individualismo exagerado, el personalismo por el que hombres e instituciones sólo buscan robustecerse a sí mismos sin preocuparse del frente común; el primero es un derecho sagrado, pero el segundo es un gusano que va royendo las entrañas de la sociedad. Si me pregunta por el primero, le diré que no sólo es posible sino necesaria tal síntesis, pues las corrientes socialistas, infiltradas hoy en todos los estados modernos, indudablemente amenazan con suprimir toda capacidad de opción y absorben, anulándola, toda iniciativa individual.

Ahora bien: ante esta dualidad, individualismo-socialismo, nosotros propugnamos una coordinación; pero entiéndase bien que decimos coordinación y no sofocamiento; que cada uno ofrezca a la causa común aquello que de su parte y a su cuenta le dedica, pero que se disponga a compaginarlo mejor con la actividad de los demás. En definitiva tal armonía no es más que el reflejo del espíritu que Jesús quiso dar a su Iglesia.

—Perdone que insista, pero descendiendo al terreno de las corrientes sociales hoy en boga, ¿está, pues, la solución en esa ansia de sincretismo conciliador que parece ser la tónica de los nuevos estados cuando se esfuerzan en armonizar fórmulas tan antitéticas como revolución y tradición, individualismo y socialismo, libertad dirigida...?

—Si no la solución, no cabe duda que ese sincretismo conciliador puede representar un buen camino. Como nueva experiencia social puede ser la base o mejor dicho los cimientos del mundo mejor que propugnamos sobre los cuales ha de volcarse el hormigón armado de un cristianismo aplicado socialmente.

—¿Ve pues en la extensión del cristianismo y en la vuelta a la Iglesia la premisa insoslayable para la consecución de ese mundo mejor?

—Evidentemente, cualquiera que conozca el espíritu del cristianismo verá que los extremos, individuo y socialidad humana, están en ella perfectamente equilibrados. No parece que sea posible concebir una concordancia mayor que la concebida por el cristianismo verdadero, el cual parece todo él plasmado en la consideración del individuo y de su destino personal, pero al mismo tiempo todo él en consideración de la colectividad. Compendio y símbolo de este doble aspecto esencial cristiano es el precepto que resume toda la enseñanza de Jesús: el amor...

* * *

...El amor! La verdadera confraternidad cristiana. La *charitas*. La sinceridad para consigo mismo y para los demás. La renovación del pensamiento alrededor de una sola verdad teológico-filosófica. Renovación de arriba abajo con integración de todas las fuerzas disponibles. Renovación también de abajo arriba, del propio individuo como factor social. Vuelta de los cristianos separados a la Iglesia, pero auténtica regeneración de ese tibio sentimiento católico individual que tanto presume de lo que carece. Sinceridad, amor... El padre Lombardi había desaparecido entre una oleada de gente que se apretujaba por verle y preguntarle. En mis manos había dejado un libro titulado: *Para un mundo mejor*, y en mi espíritu una inquietud: ¿Puedo hacer algo yo para conseguirlo?

M. DE GUZMAN.